

# El Reino de Dios.

Sesiones de Emaús 2.010-2.011

## Temario general:

Las cinco sesiones de Emaús del curso 2.010-2.011 tendrán lugar los días:

- 28 de noviembre de 2.010.
- 12 de diciembre de 2.010.
- 6 de febrero de 2.011.
- 20 de febrero de 2.011.
- 6 de marzo de 2.011.

Las sesión se basarán en “El Reino de Dios”, siguiendo las reflexiones de José Antonio Pagola en torno a las parábolas, la temática que aglutinará estas sesiones será:

- La justicia.
- El perdón.
- La misericordia.
- La esperanza.
- El amor.

La metodología consistirá en la lectura de dos parábolas y las reflexiones de Pagola, seguido de una reflexión grupal para interiorizar más profundamente los textos y por último, realizaremos una abstracción hacia nuestra vida cotidiana y nuestro modelo social, político y económico.

# El Reino de Dios.

1ª Sesión: La justicia.



## 1 Parábola del Siervo sin entrañas.

Jesús dice:

El reino de Dios es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies y, postrado, le decía: «Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré». Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda.

Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: «Paga lo que debes». Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: «Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré». Pero, él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor, entonces, le mandó llamar y le dijo: «Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero del mismo modo que yo me compadecí de ti?». Y, encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Esta parábola del «siervo sin entrañas» se encuentra solo en Mateo 18, 23-34, pero nadie duda de su autenticidad. Sin embargo, Mateo la ha colocado desacertadamente en el contexto de un diálogo de Jesús con Pedro sobre la necesidad de «perdonar hasta setenta veces siete» (18, 21-22); la parábola no habla de eso, pues el rey perdona solo una vez y luego retira su perdón. Por otra parte, la conclusión final (v. 35) no pertenece a la parábola original de Jesús. Es una aplicación desafortunada de Mateo que aparta nuestra atención de la generosidad inicial del rey y nos centra en su «venganza» final, convirtiendo la parábola de Jesús en una terrible alegoría de Dios que produce espanto: el Padre del cielo, «encolerizado», utilizando «verdugos» para castigar sin piedad alguna (!). Para captar el verdadero mensaje de la parábola hemos de prescindir del trabajo redaccional de Mateo (Jeremias, Linnemann, Via, Scott, McBride...).

## Comentario de Pagola.

Dios llega ofreciendo a todos su perdón y su misericordia. Su reinado está llamado a inaugurar una dinámica de perdón y compasión recíproca. Jesús ya no sabe vivir de otra manera. Para sacudir la conciencia de todos pronuncia una nueva parábola sobre un siervo que, a pesar de ser perdonado por su rey, no aprende a vivir perdonando.

Al oír el relato, los oyentes captan enseguida que la acción se desarrolla lejos de su pequeño mundo de cada día. Aquel rey tan poderoso, las sumas fabulosas de sus finanzas, su crueldad y arbitrariedad para disponer de sus siervos, venderlos como esclavos o entregarlos a la tortura de los verdugos, les hacía pensar en los grandes Imperios de los paganos. Pero también entre ellos se había conocido algo de esto con Herodes el Grande y sus hijos. ¿De qué les quiere hablar Jesús?

Al controlar sus finanzas, un rey descubre que uno de sus funcionarios le debe diez mil talentos, el equivalente a cien millones de denarios. Una cantidad inimaginable, y más para aquellas pobres gentes que nunca tenían en casa más de diez o veinte denarios<sup>2</sup>. Nadie puede reunir jamás tal suma de dinero. La decisión del rey es cruel: ordena que el funcionario y toda su familia sean vendidos como esclavos. No recuperará el dinero, pero servirá de escarmiento para todos<sup>3</sup>. El funcionario se echa a sus pies desesperado: «Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré». Él mismo sabe que es imposible. De forma inesperada, al ver al funcionario humillado a sus pies, el rey «se conmueve» y le perdona toda la deuda. En lugar de ser vendido como esclavo, sale del palacio restablecido en sus funciones.

Al encontrarse con un compañero de rango inferior que le debe cien denarios, le agarra por el cuello exigiéndole el pago inmediato de la deuda. Desde el suelo, aquel compañero le grita las mismas palabras que él ha dirigido al rey: «Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré». No es tan difícil tratándose de esa modesta cantidad. Los oyentes de la parábola esperan que tendrá piedad: acaba de ser perdonado de una deuda de cien millones de denarios, ¿cómo no va a perdonar cien a su compañero? Sin embargo no es así y, sin piedad alguna, lo mete en la cárcel. Es

fácil imaginar la reacción de quienes están escuchando a Jesús: «Eso no se hace. Es injusto actuar así sabiendo que él vive gracias al perdón del rey». Eso mismo fue lo que sintieron el resto de sus compañeros. Consternados por lo ocurrido, apelaron al rey para que hiciera algo. La reacción de este es terrible: «Siervo malvado... ¿no debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti? ». Encolerizado, retiró su perdón, le exigió de nuevo la deuda y lo puso en manos de los verdugos hasta que pagara todo lo que debía. Su destino no sería ya ser vendido como esclavo, sino ser torturado sin fin<sup>4</sup>.

La parábola, que había comenzado de manera tan prometedora con el perdón generoso del rey, acaba de un modo tan brutal que no puede generar sino turbación. Todo termina mal. El gesto bondadoso del rey no ha logrado borrar siglos de opresión: sus subordinados siguen actuando con la crueldad de siempre. El mismo rey sigue prisionero de su sistema. Por un momento parecía que podía comenzar una nueva era de perdón, un nuevo orden de cosas inspirado en la compasión. Al final, la misericordia queda una vez más anulada. Ni el rey, ni el siervo, ni sus compañeras escuchan la llamada del perdón.

Los compañeros han pedido al rey justicia frente al siervo que no ha sabido perdonar.

---

<sup>2</sup> Flavio Josefo nos informa de que Herodes el Grande recaudaba al año unos 900 talentos. El año 4 a. C., lo recaudado en Perea y Galilea ascendió a 200 talentos.

<sup>3</sup> No era una práctica inusual fuera de Israel, pero la ley judía prohibía la venta de la esposa y de los hijos para pagar las deudas del esposo.

<sup>4</sup> Aunque la ley judía condenaba la tortura, Herodes el Grande y sus hijos recurrieron a ella sin escrúpulos.

Pero, si el rey retira su misericordia, ¿no estarán de nuevo todos en peligro? Al final también estos compañeros han actuado como el siervo sin entrañas: no le han perdonado, han pedido al rey su castigo. Pero, si se deja de lado la misericordia y se pide de nuevo justicia estricta, ¿no se entra en un mundo tenebroso? ¿No tendrá razón Jesús? ¿No será el Dios de la misericordia la mejor noticia que podemos escuchar todos? Ser misericordiosos como el Padre del cielo, ¿no será esto lo único que nos puede liberar de la impiedad y la crueldad? La parábola se ha convertido en una «trampa» para los oyentes. Probablemente todos estaban de acuerdo en que el siervo perdonado por el rey «debía» perdonar a su compañero; era lo «normal», lo menos que se le podía exigir. Pero, si todos los hombres y mujeres viven del perdón y la misericordia de Dios, ¿no habrá que introducir un nuevo orden de cosas donde la compasión no sea ya una excepción o un gesto admirable sino una exigencia normal? ¿No será esta la forma práctica de acoger y extender su reinado en medio de sus hijos e hijas?

## 2 Parábola de los obreros de la viña.<sup>5</sup>

Jesús dice:

Con el reino de Dios sucede como con un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y, al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: «Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo». Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona, e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: «¿Por qué estáis aquí todo el día parados?». Le dicen: «Es que nadie nos ha contratado». Él les dice: «Id también vosotros a la viña». Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: «llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros». Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también cobraron un denario cada uno. Y, al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: «Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor». Pero él contestó a uno de ellos «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?»<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Se la llama tradicionalmente parábola de «los obreros de la viña», pero el verdadero protagonista es el propietario de la viña. La podríamos titular «El amo generoso» (Jeremías), «El contratador bueno» (Etchells) o «El patrono que quería trabajo para todos».

<sup>6</sup> La parábola se conserva únicamente en Mateo 20, 1-15, pero nadie duda que es auténtica. El modo de exagerar las idas y venidas del patrono a la plaza a contratar mano de obra y el sorprendente final son rasgos inconfundibles de Jesús. La conclusión: «Así, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos» (20, 16) es un dicho que circuló de manera independiente en la comunidad cristiana y que alguien añadió a la parábola de Jesús como una aplicación desafortunada.

## Comentario de Pagola:

Los grandes propietarios, como este «señor de la viña», pertenecían a la clase poderosa y dominante. Por lo general no vivían en las aldeas, sino en alguna ciudad, y regentaban sus tierras por medio de algún administrador. Solo durante la vendimia o en la recogida de la cosecha se acercaban a su propiedad para seguir de cerca los trabajos. Los jornaleros, por su parte, pertenecían a las capas más bajas de la sociedad. Labradores despojados de sus tierras, vivían al día y sin seguridad alguna: a veces mendigando, otras robando y siempre buscando algún amo que les contratara, aunque sólo fuera por un día.

La jornada de trabajo comienza al amanecer y termina al caer el sol. El rico propietario de una viña viene él mismo a la plaza del pueblo a primeras horas de la mañana. Se acerca a un grupo de jornaleros, acuerda con ellos el salario de un denario y los pone a trabajar en su viña. No es gran cosa, pero sí lo suficiente para responder, al menos durante un día, a las necesidades de una familia campesina. El propietario vuelve a la plaza hacia las nueve de la mañana, a las doce del mediodía y a las tres de la tarde; a los que encuentra no les habla ya de un denario; a estos les promete «lo que sea justo». ¿Cómo le van a exigir nada? Se marchan a trabajar sin seguridad alguna, pendientes de lo que el señor les quiera pagar: probablemente una fracción de denario. Vuelve todavía a las cinco de la tarde. Solo falta una hora para terminar la jornada. A pesar de todo, contrata a un grupo que nadie ha contratado y lo envía a echar una mano. A estos ni les habla de salario.

Los oyentes no pueden entender este ir y venir del señor para contratar obreros. Los grandes propietarios no trataban directamente con los jornaleros. Por otra parte, no era normal ir tantas veces a la plaza. La contratación se hacía a primera hora de la mañana, después de calcular bien el número de obreros que se necesitarían. ¿Qué clase de patrono es este? ¿Por qué actúa así? Nadie sale a contratar obreros a última hora. ¿Está tan urgido por la vendimia? El relato nada dice acerca de la cosecha. Sugiere más bien que no quiere ver a nadie sin trabajo. Así les dice a los del último grupo: «¿Por qué estáis aquí parados todo el día?»<sup>7</sup>.

Llegó la hora de retribuir a los obreros. Había que hacerlo en el mismo día, antes de caer el sol, pues de lo contrario no tendrían nada que llevarse a la boca. Así lo mandaba la ley de Dios: «No explotarás al jornalero pobre e indigente... Le darás cada día su jornal, antes de ponerse el sol, pues es pobre, y de ese salario depende su vida»<sup>8</sup>. El dueño ordena que el pago se haga empezando por los que acaban de llegar. Entre los jornaleros se despierta una gran expectación, pues, aunque apenas han trabajado una hora, perciben un denario cada uno. ¿Cuánto se les dará a los demás? La decepción es enorme al ver que todos reciben un denario, incluso los que han estado trabajando durante toda la jornada. ¿No es injusto? ¿Por qué a todos un denario si el trabajo ha sido tan desigual? Sin duda, los oyentes de Jesús simpatizan secretamente con las protestas de los jornaleros que más han trabajado. Estos no se oponen a que los últimos reciban un denario, pero ¿no se está devaluando su trabajo? No piden que a los demás se les dé la fracción mezquina de un denario, pero ¿no tienen derecho a que el Señor sea también generoso con ellos? Está bien la generosidad con los que solo han trabajado una hora, pero, en tal caso, ¿no exige la justicia esa misma generosidad para con los que han trabajado todo el día?

La respuesta del señor al que hace de portavoz es firme: «Amigo, no te hago ninguna injusticia... ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera con lo mío? ¿O tienes que ver con malos ojos que yo sea bueno?». Los que se quejan siguen pensando en un sistema de estricta justicia, pero el señor de la viña se mueve en otra esfera. Es su

---

<sup>7</sup> Son varios los autores que subrayan la importancia de este detalle (Linnemann, Scott, McBride, Shillington...).

<sup>8</sup> Deuteronomio 24, 14-15. Es una de las leyes que se recogen en este libro, redactado en Jerusalén hacia el 700 a.C. y completado luego en años posteriores.

bondad la que rompe esa justicia, y la bondad no hace daño a nadie. Su gesto no es arbitrario. Es solo bondad y amor generoso hacia todos. A todos les da lo que necesitan para vivir: trabajo y pan. No se preocupa de medir los méritos de unos y otros, sino de que todos puedan cenar esa noche con sus familias. En su comportamiento, la justicia y la misericordia se entrelazan.

La sorpresa de los oyentes es grande y general. ¿Qué está sugiriendo Jesús? ¿Es que para Dios no cuentan los méritos de cada persona? ¿Es que en su reino no se funciona con los cálculos y criterios que nosotros manejamos para imponer la justicia y la igualdad a todos? Esta manera de entender la misericordia de Dios, ¿no rompe todos los esquemas religiosos de Israel? ¿No está Jesús ignorando deliberadamente las diferencias que establece la ley entre justos y pecadores?

La parábola de Jesús parece contradecir todo. ¿Será verdad que Dios no está tan pendiente de los méritos de las personas, sino que está mirando más bien cómo responder a sus necesidades? Qué suerte si Dios fuera así: todos podrían confiar en él, aunque sus méritos fueran muy pobres. Pero ¿no es peligroso abrirse a ese mundo increíble de la misericordia de Dios, que parece escapar a todo cálculo? ¿No es más seguro y tranquilizador, sobre todo para los que son fieles a la ley no salirse de la religión del templo donde deberes, méritos y pecados están bien definidos?

# El Reino de Dios.

2ª Sesión: El perdón.



### 3 Parábola del padre bueno.<sup>9</sup>

Jesús dice:

Un padre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: «padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y él les repartió la hacienda. Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo dijo: «¡Cuántos Jornaleros de mi Padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: "Padre pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros"». Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti: ya no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponadle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matado, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. Él le dijo: «Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano». Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!». Pero Él le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y toda lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado».<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> Es un error llamarla parábola del hijo pródigo o derrochador. La figura central es el Padre. Se la puede titular parábola del amor del padre o del padre bondadoso.

<sup>10</sup> Aunque solo Lucas 15,11-32 ha conservado esta parábola, no hay dudas razonables para no atribuírsela a Jesús (en contra solo Schotroff y en parte Carlston). Lucas ha entendido la parábola como una respuesta de Jesús a los «escribas y fariseos» que le critican por comer con pecadores. Autores recientes consideran que Jesús la debió de pronunciar en un contexto más amplio que el que sugiere Lucas (McBride, Scott, Rohrbaugh).

## Comentario de Pagola:

Jesús conocía bien los conflictos que se vivían en las familias de Galilea: las discusiones entre padres e hijos, los deseos de independencia de algunos o las rivalidades entre hermanos por derechos de herencia ponían en peligro la cohesión y estabilidad de la familia. Se sufría lo indecible, pues la familia lo era todo: hogar; lugar de trabajo y supervivencia, fuente de identidad, garantía de seguridad y protección. Era muy difícil sobrevivir fuera de la familia. Tampoco una familia podía subsistir aislada de las demás, Las aldeas estaban formadas por familias unidas por estrechos lazos de parentesco, vecindad y solidaridad. Juntos preparaban los matrimonios de sus hijos, se ayudaban unos a otros para recoger las cosechas o reparar los caminos y se unían para proteger a las viudas y los huérfanos. Tan importante como la lealtad a la propia familia era la solidaridad entre las familias de la aldea. Los problemas y conflictos de una familia repercutían en todos los vecinos.

Cuando Jesús comienza a hablar de los problemas de un padre para mantener unida a su familia, todo el mundo presta atención. Conocen conflictos parecidos, pero lo que pide ese hijo es imperdonable. Al exigir la parte de su herencia está dando por muerto a su padre, rompe la solidaridad de la familia y echa por tierra su honor. ¿Cómo va a repartir su herencia un padre estando todavía en vida? ¿Cómo va a dividir su propiedad poniendo en peligro el futuro de la familia? Lo que exige es una locura y una vergüenza para todo el pueblo<sup>11</sup>. El padre no dice nada. Respeta la sinrazón de su hijo y les reparte su herencia<sup>12</sup>. Los oyentes debieron quedar consternados. ¿Que clase de padre es este? ¿Por qué no impone su autoridad? ¿Cómo puede aceptar la locura del hijo perdiendo su propia dignidad y poniendo en peligro a toda la familia?

Repartida la herencia, el hijo se desentiende del padre, abandona a su hermano y se marcha a «un país lejano». Pronto, una vida desquiciada lo lleva a la destrucción. Sin recursos para defenderse de un hambre severa, absolutamente solo en medio de un país extraño, sin familia ni protección alguna, termina como esclavo de un pagano cuidando cerdos. Su degradación no puede ser mayor. Sin libertad ni dignidad alguna, haciendo una vida infrahumana en medio de animales «impuros», llega a desear en vano las algarrobas que comen los puercos, pues nadie se las da. Al verse en una situación tan desesperada, el joven reacciona. Recuerda la casa de su padre, donde abunda el pan. Aquel era su hogar; no podía seguir más tiempo lejos de su familia. Consecuente, toma una decisión: «Me levantaré e iré a mi padre». Reconocerá su pecado. Ha perdido todos sus derechos de hijo, pero tal vez pueda ser contratado como un jornalero más.

La acogida del padre es increíble. Estando todavía lejos, fuera del pueblo, ve a su hijo derrengado por el hambre y la humillación y «se conmueve»<sup>13</sup>. Pierde el control: olvidando su propia dignidad, corre a su encuentro, le abraza con ternura sin dejar que se eche a sus pies y le besa efusivamente sin temor a su estado de impureza. Este hombre no actúa como el patrón y patriarca de una familia. Sus gestos son los de una madre. Esos besos y abrazos entrañables delante de todo el pueblo son signo de acogida y perdón, pero también de protección y defensa ante los vecinos. Interrumpe su confesión para ahorrarle más humillaciones y se apresura a restaurar su dignidad dentro de la familia: lo viste con el «mejor vestido» de la casa<sup>14</sup>, le pone el anillo que le confiere el título de hijo y le hace calzarse sandalias de hombre libre. Pero hay que rehacer también su honor y el de toda la

---

<sup>11</sup> El libro del Eclesiástico, escrito por Ben Sirá hacia los años 190-180 a. C., daba estos sabios consejos: «A hijo y mujer, a hermano y amigo, no des poder mientras vivas ... Reparte tu herencia cuando acaben los días de tu vida, a la hora de tu muerte» (34,20-24).

<sup>12</sup> El texto dice literalmente que el padre «repartió entre ellos su vida [bios]», lo que constituía su vida y sustento.

<sup>13</sup> Literalmente, «se le conmovieron las entrañas».

<sup>14</sup> El «mejor vestido» era probablemente el del padre (Plummer, Scott, Rohrbaugh).

familia dentro de la aldea. El padre organiza un gran banquete para todo el pueblo. Se matará el novillo cebado<sup>15</sup> y habrá música y baile en la plaza. Todo está más que justificado: «Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado». Por fin podrán vivir en familia de manera digna y dichosa.

Desgraciadamente faltaba el hijo mayor. Llegó del campo al atardecer. Un día más había cumplido fielmente con su trabajo. Al oír «la música y las danzas», queda desconcertado. No entiende nada. La vuelta del hermano no le produce alegría como a su padre, sino rabia. Se queda fuera sin entrar a la fiesta. Nunca se había marchado de casa, pero ahora se siente como un extraño ante la familia y los vecinos reunidos para acoger a su hermano. No se había perdido en un país lejano, pero se encuentra perdido en su propio resentimiento.

El padre sale a invitarlo con el mismo cariño con que ha salido al encuentro del hijo llegado de lejos. No le grita, no le da órdenes. No actúa como el patrón de la casa. Al contrario, como una madre, le suplica una y otra vez que venga a la fiesta. Es entonces cuando el hijo explota y deja al descubierto todo su rencor. Ha pasado su vida cumpliendo las órdenes del padre como un esclavo, pero no ha sabido disfrutar de su amor como un hijo. Su vida de trabajo sacrificado ha endurecido su corazón. No vive en la familia; si su padre le hubiera dado un cabrito, hubiera organizado una fiesta, no con él, sino con sus amigos. Ahora no sabe sino humillar a su padre y denigrar a su hermano denunciando su vida libertina con prostitutas. No entiende el amor de su padre hacia aquel miserable. Él no acoge ni perdona.

El padre le habla con ternura especial<sup>16</sup>. Desde su corazón de padre, él lo ve todo de manera diferente. El hijo llegado de lejos no es un depravado, sino un «hijo muerto que ha vuelto a la vida». Aquel hijo que no quiere entrar en la fiesta no es un esclavo, sino un hijo querido que puede disfrutar junto a su padre compartiendo todo con él. Su único deseo de padre es ver de nuevo a sus hijos sentados a la misma mesa, compartiendo fraternalmente un banquete festivo.

Jesús interrumpe aquí su relato sin explicación alguna. ¿Qué sintieron los padres que habían cerrado para siempre las puertas a sus hijos escapados de casa para vivir su propia aventura? ¿Qué sintieron aquellos vecinos que tanto despreciaban a quienes habían abandonado el pueblo para irse a vivir a Séforis o Tiberíades? ¿Qué experimentaron los que llevaban años lejos de Dios, al margen de la Alianza, sin preocuparse de cumplir la ley ni de peregrinar al templo? ¿En qué pensaron los que vivían dentro de la Alianza y despreciaban a pecadores, recaudadores y prostitutas? Todos han empezado por juzgar rápidamente la insensatez de aquel padre por su falta de autoridad para imponerse a sus hijos, pero, al conocer su compasión increíble, al verlo perdonar y proteger maternalmente a su hijo perdido, y salir humilde al encuentro del hijo mayor, buscando apasionadamente la reconciliación de todos en una fiesta, quedan probablemente desconcertados y conmovidos.

¿Es posible que Dios sea así? ¿Como un padre que no se guarda para sí su herencia, que respeta totalmente el comportamiento de sus hijos, que no anda obsesionado por su moralidad y que, rompiendo las reglas convencionales de lo justo y correcto, busca para ellos una vida digna y dichosa? ¿Será esta la mejor metáfora de Dios: un padre acogiendo con los brazos abiertos a los que andan «perdidos» fuera de casa, y suplicando a cuantos lo contemplan y escuchan que acojan con compasión a todos? La parábola significa una verdadera «revolución» ¿Será esto el Reino de Dios? ¿Un Padre que mira a sus criaturas con amor increíble y busca conducir la historia humana hacia una fiesta final donde se celebre la vida, el perdón y la liberación definitiva de todo lo que

---

<sup>15</sup> Para una familia de labradores de Galilea, matar un ternero era muy costoso y poco frecuente. Solo se hacía en las grandes fiestas para compartirlo con los vecinos.

<sup>16</sup> Se dirige a él llamándole teknon, término afectuoso que se puede traducir como «mi querido hijo», «mi pequeño».

esclaviza y degrada al ser humano? Jesús habla de un banquete esplendido para todos, habla de música y de danzas, de hombres perdidos que desatan la ternura de su padre, de hermanos llamados a perdonarse ¿Será esta la buena noticia de Dios?

#### 4 Parábola de la pecadora perdonada.

Jesús dice:

Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Esta parábola está en Lucas 7, 41-42. Autores recientes consideran que ha sido compuesta por Lucas (Funk, Scott). En cualquier caso es un ejemplo cuyo contenido es coherente con el mensaje de Jesús sobre Dios «perdonador de deudas».

## Comentario de Pagola.

Jesús insistirá: hay que aprender a mirar de otra manera a esas gentes extraviadas que casi todos desprecian. Una pequeña parábola pronunciada por Jesús en casa de un fariseo expresa bien su manera de pensar.<sup>18</sup> Jesús ha sido invitado a un banquete de carácter festivo. Los comensales toman parte en la comida, recostados cómodamente sobre una mesa baja<sup>19</sup>. Son bastantes, todos varones, y, al parecer, no caben en el interior de la vivienda. El banquete tiene lugar delante de la casa, de manera que los curiosos pueden acercarse, como era habitual, a observar a los comensales y escuchar su conversación.

De pronto se hace presente una prostituta de la localidad<sup>20</sup>. Simón la reconoce inmediatamente y se siente molesto: esa mujer puede contaminar la pureza de los comensales y estropear el banquete. La prostituta se dirige directamente a Jesús, se echa a sus pies y rompe a llorar. No dice nada. Está conmovida. No sabe cómo expresar su alegría y agradecimiento. Sus lágrimas riegan los pies de Jesús. Prescindiendo de todos los presentes, se suelta su cabellera y se la seca. Es un deshonor para una mujer soltarse el cabello delante de varones, pero ella no repara en nada: está acostumbrada a ser despreciada. Besa una y otra vez los pies de Jesús y abriendo el pequeño frasco que lleva colgando de su cuello, se los unge con un perfume precioso<sup>21</sup>.

Al intuir el recelo de Simón ante los gestos de la prostituta y su malestar por su acogida serena, Jesús le interpela con esta pequeña parábola.

El ejemplo de Jesús es sencillo y claro. No sabemos por qué un acreedor perdona la deuda a sus dos deudores. Sin duda es un hombre generoso que comprende los apuros de quienes no pueden pagar lo que deben. La deuda de uno es grande: quinientos denarios, el sueldo de casi dos años de trabajo en el campo, una cantidad casi imposible de pagar para un campesino. La del segundo solo asciende a cincuenta denarios, una suma más fácil de conseguir, el sueldo de siete semanas. ¿Cuál de los dos le estará más agradecido?<sup>22</sup> La respuesta de Simón es lógica: «Supongo que aquel a quien perdonó más». Los oyentes piensan igual.

Así está sucediendo con la llegada de Dios. Su perdón despierta la alegría y el agradecimiento en los pecadores, pues se sienten aceptados por Dios no por sus méritos, sino por la gran bondad del Padre del cielo. Los «perfectos» reaccionan de manera diferente: no se sienten pecadores ni tampoco perdonados. No necesitan de la misericordia de Dios. El mensaje de Jesús los deja indiferentes. Esta prostituta, por el contrario, conmovida por el perdón de Dios y las nuevas posibilidades que se abren a su vida, no sabe cómo expresar su alegría y agradecimiento. El fariseo Simón ve en ella los gestos ambiguos de una mujer de su oficio, que solo sabe soltarse el cabello, besar, acariciar y seducir con sus perfumes. Jesús, por el contrario, ve en el comportamiento de aquella mujer impura y pecadora el signo palpable del perdón inmenso de Dios: «Mucho se le debe de haber perdonado, porque es mucho el amor y la gratitud que está

---

<sup>18</sup> No es fácil saber si el episodio descrito por Lucas 7, 36-50 en casa de Simón el fariseo es el mismo que Marcos 14, 3-9 sitúa en casa de Simón el leproso. Probablemente Lucas ha trabajado mucho el incidente introduciendo el contraste entre el fariseo y la pecadora, y la parábola de los dos deudores. Aunque la escena no se haya producido como la describe Lucas, el episodio refleja una situación típica en la que se presenta a Jesús comunicando de manera auténtica su mensaje. Así era recordado Jesús (Dunn).

<sup>19</sup> Solo en las grandes ocasiones se acostumbraba a comer de esta manera, al estilo griego o romano.

<sup>20</sup> Aunque el término «pecadora» (amartolós) puede tener otros significados, el relato sugiere que se trata de una prostituta (Michaelis, Jeremias, Wenham, etc.). No se debe identificar a esta mujer con María Magdalena ni con María de Betania.

<sup>21</sup> Al parecer, las prostitutas colgaban estos frascos entre sus pechos para realzar su atractivo.

<sup>22</sup> En arameo no existe un término para decir «dar gracias». Se utilizan otros verbos, como «amar» o «bendecir».

mostrando»<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> Lucas 7, 47. Esta es la traducción correcta, aunque tradicionalmente se venía traduciendo: «Mucho se le ha perdonado porque mucho ha amado».



# El Reino de Dios.

3ª Sesión: La misericordia.



## 5 Parábola del Fariseo y el publicano.

Jesús dice:

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh Dios! Te Doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias». En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!». Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> La parábola solo se conserva en Lucas 18, 10-14a. Lucas ha redactado por su cuenta una introducción según la cual Jesús dijo esta parábola a «algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás» (18,9). Con ello le ha dado a la parábola un carácter fuertemente antifariseo que no responde a la intención original de Jesús (Bultmann, Plummer, Linnemann, Scott, McBride, etc.). Además ha añadido a la parábola una conclusión que no pertenecía al relato original sino que es un dicho suelto de Jesús: «Todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado». Para captar el mensaje genuino de Jesús, hemos de prescindir de la introducción (18,9) y de la conclusión (18,14b). La parábola no habla tanto de cómo ha de ser nuestra oración, sino desde dónde la escucha Dios.

## Comentario de Pagola:

En el relato aparecen en escena tres personajes: un fariseo, un recaudador y el templo donde habita Dios. La parábola no habla solo de dos hombres que oran en el templo, sino de cómo actúa Dios, presente en ese templo. Los oyentes «sintonizan» enseguida con el relato. En más de una ocasión han subido en peregrinación hasta el templo. Para ellos es el centro de su pueblo y de su religión. Solo allí se podía dar culto a Yahvé. Lo llamaban «la casa de Dios», pues allí habitaba el Dios santo de Israel. Desde allí protegía y bendecía a su pueblo. Nadie podía acercarse sin antes haberse purificado debidamente. Lo decía el salmo: al recinto sagrado solo se puede entrar con «manos inocentes y corazón puro»<sup>25</sup>. En el lugar más sagrado del templo había estado en otros tiempos el Arca de la Alianza, y en ella dos tablas de piedra en las que estaban grabados los mandamientos de la ley. El templo representaba la presencia de Dios, que reinaba sobre su pueblo por medio de esa ley. Con qué alegría se presentaban ante él todos los que la observaban fielmente.

El relato de Jesús despierta enseguida el interés y la curiosidad de los oyentes. ¿Qué va a suceder en el templo? ¿Cómo se van a sentir allí, ante la presencia de Dios, dos hombres tan diferentes y opuestos como un fariseo y un recaudador? Todos saben cómo es, de ordinario, un fariseo: un hombre piadoso que cumple fielmente los mandamientos, observa estrictamente las normas de pureza ritual y paga escrupulosamente los diezmos. Es de los que sostienen el templo. Sube al santuario sin pecado: Dios no puede sino bendecirlo. También saben qué es un recaudador: un judío que vive de una actividad despreciable. No trabaja para recoger diezmos y sostener el templo, sino para recaudar impuestos y medrar<sup>26</sup>. Su conversión es imposible. Nunca podrá reparar sus abusos ni retribuir a sus víctimas lo que les ha robado. No se puede sentir bien en el templo. No es su sitio<sup>27</sup>.

El fariseo ora de pie, seguro y sin temor alguno. Su conciencia no le acusa de ningún pecado por el que tenga que expiar. De su corazón brota espontáneamente el agradecimiento: «Oh Dios, te doy gracias». No es un acto de hipocresía. Todo lo que dice es real. Cumple fielmente todos los mandatos: no pertenece al grupo de pecadores, en el que, naturalmente, está el recaudador. Ayuna todos los lunes y jueves por los pecados del pueblo, aunque solo es obligatorio una vez al año, el día de la Expiación<sup>28</sup>. No solo paga los diezmos obligatorios de los productos del campo (grano, aceite, vino), sino incluso de todo lo que gana. Su vida es ejemplar. Cumple fielmente sus obligaciones y hasta las sobrepasa. No se atribuye a sí mismo mérito alguno, es Dios quien sostiene su vida santa<sup>29</sup>. Si este hombre no es justo, ¿quién lo va a ser? Es un modelo de fidelidad y obediencia a Dios. ¡Quién pudiera ser como él! Puede contar con la bendición de Yahvé. Así piensan los que escuchan a Jesús.

El recaudador se mantiene a distancia. No se siente cómodo; no es digno de estar en

---

<sup>25</sup> El Salmo 24 es un canto que los judíos cantaban mientras subían al templo. Decía así: «¿Quién subirá al monte de Yahvé?, ¿quién podrá entrar en su recinto santo? El de manos limpias y puro corazón... Ese logrará la bendición de Yahvé, el perdón de Dios, su salvador» (24, 3-5).

<sup>26</sup> El término telonés que se emplea en la parábola indica que este hombre no recauda directamente los tributos de las tierras exigidos por el Imperio. Es un funcionario de rango inferior que trabaja junto a las puertas de algunas ciudades como Cafarnaún o Jericó y en los puestos fronterizos de las grandes vías comerciales para cobrar las tasas de peaje, tránsito de mercancía, importación o exportación.

<sup>27</sup> Probablemente los dos suben al templo a la hora en que se ofrecen sacrificios de expiación por los pecados. Mientras los sacerdotes realizan el rito sagrado, ellos se retiran a examinar su conciencia.

<sup>28</sup> Esta era la costumbre de no pocos fariseos, aunque la ley solo obligaba al solemne ayuno del gran día de la Expiación (Levítico 16, 29-31).

<sup>29</sup> Hay ejemplos de oraciones parecidas en los escritos de Qumrán y en el Talmud.

aquella asamblea santa. Sabe lo que están pensando de él los demás fieles: es un funcionario deshonesto y corrupto que no trabaja para el templo, sino para el sistema establecido por Roma. Ni siquiera se atreve a levantar sus ojos del suelo. Se golpea el pecho para reconocer su pecado y su vergüenza. No promete nada. No puede restituir lo que ha robado a tantas personas cuya identidad desconoce. No puede dejar su trabajo de recaudador. Ya no puede cambiar de vida. No tiene otra salida que abandonarse a la misericordia de Dios: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador»<sup>30</sup>. Su oración recuerda la conmovedora plegaria de un salmista, que dice así: «Mi sacrificio es un espíritu roto, un corazón roto y humillado, tú, oh Dios, no lo desprecias»<sup>31</sup>. El pobre hombre no hace sino reconocer lo que todos saben. Nadie quisiera estar en su lugar. Dios no puede aprobar su vida de pecado.

De pronto, Jesús concluye su parábola con una afirmación sorprendente: «Yo os digo que este recaudador bajó a su casa justificado, y aquel fariseo no». El hombre piadoso, que ha hecho incluso más de lo que pide la ley, no ha encontrado favor ante Dios. Por el contrario el recaudador que se abandona a su misericordia, sin comprometerse siquiera a cambiar de vida, recibe su perdón. Jesús los ha pillado por sorpresa. De pronto les abre a un mundo nuevo que rompe todos sus esquemas. Aquí no se está hablando solo de la piedad de dos personas. Con su parábola aparentemente tan sencilla e ingenua, ¿no está Jesús amenazando todo el sistema religioso del templo? ¿Qué pecado ha cometido el fariseo para no encontrar gracia ante Dios? ¿Dónde está su falta? ¿Y qué méritos ha hecho el recaudador para salir del templo justificado? El Dios del templo habría confirmado al fariseo y reprobado al recaudador. Lo que dice Jesús es increíble. En el templo, Dios acogía en su presencia a los justos, y excluía del recinto santo a pecadores e impuros. ¿Cómo puede Jesús hablar de un Dios que no reconoce al piadoso y por el contrario, concede su gracia al pecador?

Si es cierto lo que dice Jesús, ya no hay seguridad alguna para nadie. Todos tienen que apelar a la misericordia de Dios. ¿Para qué sirve entonces el templo y la espiritualidad que en él se alimenta? ¿Qué hay que pensar de quienes confían totalmente en la observancia de la ley y en el mito del templo? ¿Será verdad que en el reino de Dios se funciona no desde la justicia elaborada por la religión, sino desde la misericordia insondable de Dios? ¿No está Jesús jugando con fuego? ¿En qué se puede basar para invitar a vivir de la misericordia y no desde la religión y la ley?

En la parábola de Jesús hay un dato incuestionable: un despreciado recaudador ha apelado a la misericordia de Dios y ha encontrado gracia. ¿No estará Jesús queriendo atraer a todos hacia una experiencia real que toda persona percibe en el fondo de su ser? Cuando uno se siente bien consigo mismo y ante los demás, se apoya en su propia vida, no parece necesitar de más. Pero cuando la conciencia lo declara culpable y desaparece su seguridad, ¿no siente entonces el ser humano la necesidad de acogerse a la misericordia de Dios y solo a su misericordia? Cuando uno actúa como el fariseo, se sitúa ante Dios desde una religión en la que no hay lugar para el recaudador. Cuando uno se confía a la misericordia de Dios, como el recaudador, se sitúa en una religión donde caben todos, ¿Será verdad que la última palabra no la tiene la ley, que juzga nuestra conducta, sino la misericordia de Dios, que acoge nuestra invocación? ¿Será esta la verdadera religión, la religión del reino de Dios?

---

<sup>30</sup> En realidad, las palabras que pronuncia significan literalmente: «Oh Dios, expía tú mis pecados».

<sup>31</sup> Salmo 50, 17.

## 6 Parábola del buen Samaritano<sup>32</sup>.

Jesús dice:

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verle, tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y, montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: «Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva»<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> Es la parábola del «buen samaritano». Sin duda es el protagonista del relato, aunque, para captar el mensaje de Jesús, lo hemos de leer desde la perspectiva del herido caído en la cuneta del camino.

<sup>33</sup> Aunque solo se encuentra en Lucas 10, 30-36, la parábola es de Jesús. La técnica narrativa y el contenido son inconfundibles. Lucas ha insertado la parábola como parte de un diálogo de Jesús con un maestro de la Ley. Este contexto ha sido construido artificialmente por Lucas, pues tanto Marcos como Mateo nos informan de ese mismo diálogo, pero sin aludir para nada a la parábola del samaritano. Para captar la intención original de Jesús hemos de prescindir del contexto imaginado por Lucas (10, 25-29 y 10, 36-37). El relato no es una «historia ejemplar» para responder a la pregunta: «¿Quién es mi prójimo?», sino una «parábola sobre el reino de Dios» que podría empezar así: «Con el remo de Dios sucede como con un hombre que cayó en manos de salteadores» (Funk, Crossan, Scott, McDonald, Etchells). Sigo esta línea de interpretación.

## Comentario de Pagola.

El relato de Jesús capta enseguida la atención de todos. Han peregrinado más de una vez a Jerusalén y conocen bien esa zona desértica y peligrosa por donde baja el camino que lleva desde la capital a Jericó. Todos saben lo difícil que es no toparse con salteadores que se refugian en aquellos barrancos y quebradas. Sin embargo es también una ruta bastante frecuentada. Por allí pasan todas las semanas los sacerdotes y levitas que, después de haber ejercido su servicio en el templo, se vuelven a Jericó importante ciudad sacerdotal. Por allí transitan también grupos de peregrinos y comerciantes que suben con sus mercancías a Jerusalén. ¿Qué va a ocurrir esta vez en este peligroso camino?

Al oír hablar de un hombre asaltado y dejado medio muerto en la cuneta del camino, en el corazón de los oyentes se despierta la simpatía y la piedad. Es una víctima inocente, abandonada en un camino solitario, que necesita ayuda urgente. Podría ser uno de ellos. ¿Cómo no sentir compasión por él?<sup>34</sup>

Por el camino aparecen afortunadamente dos viajeros: primero un sacerdote y luego un levita. Ambos vienen del templo. Han realizado su servicio a lo largo de la semana y, cumplidas ya sus obligaciones en el templo, se vuelven a su casa de Jericó. El herido los ve llegar esperanzado: son de su propio pueblo; representan al templo; sin duda se apiadarán de él. No es así. Al llegar a su altura, los dos tienen la misma reacción: lo ven y «dan un rodeo». No se acercan, pasan de largo. ¿Por qué? ¿Tienen miedo a los salteadores? ¿No quieren incurrir en estado de impureza tocando a un desconocido ensangrentado y medio muerto?<sup>35</sup> Los oyentes no pueden menos de sentirse escandalizados de su falta de compasión. ¿Cómo no ayudan a un hombre abandonado a una muerte casi segura?

En el horizonte aparece un tercer viajero. No es sacerdote ni levita; no viene del templo; ni siquiera pertenece al pueblo elegido de Israel. Es un odiado samaritano<sup>36</sup>; probablemente un comerciante dedicado a sus negocios. El herido lo ve llegar con temor. También los oyentes se alarman. Era cosa bien sabida la enemistad entre samaritanos y judíos. Se puede esperar de él lo peor, ¿Lo llegará a rematar? Sin embargo, el samaritano ve al herido, «siente compasión» y se le acerca. A continuación hace por él todo lo que puede: desinfecta sus heridas con vino, las suaviza con aceite, lo venda, lo monta sobre su propia cabalgadura, lo lleva a la posada más cercana, cuida de él y corre con todos los gastos que hagan falta. Aquel hombre no parece un comerciante preocupado de sus mercancías. Su actuación se asemeja más a una madre cuidando con ternura a su hijo herido.

La sorpresa de los oyentes no puede ser mayor ¿Cómo puede Jesús ver el reino de Dios en la compasión de un odiado samaritano? La parábola rompe todos sus esquemas y clasificaciones entre amigos y enemigos, entre miembros del pueblo elegido y gentes

---

<sup>34</sup> Aunque el herido permanece anónimo a lo largo de todo el relato y no puede ser identificado ni siquiera por sus vestiduras, de las que ha sido «despojado», hay que pensar que es un judío mientras el narrador no diga otra cosa.

<sup>35</sup> No parece que el sacerdote y el levita puedan invocar prescripción ritual alguna para justificar su actuación (Jeremias, Linnemann, Scott...).

<sup>36</sup> Los samaritanos eran una población que provenía de la unión de los colonizadores asirios y las mujeres israelitas que no fueron deportadas a Asiría después de la destrucción del reino del norte (721 a. C.). Al volver del destierro de Babilonia (537 a. C.), los judíos los excluyeron del «pueblo elegido» y no les permitieron tomar parte en la reconstrucción del templo, debido a su origen impuro y su observancia poco estricta de la religión judía. Era proverbial el antagonismo entre el templo judío de Jerusalén y el centro de culto samaritano del Garizín. El odio entre ambos pueblos creció cuando entre el año 6 y el 9 d. C., en víspera de las fiestas de Pascua, un grupo de samaritanos esparció por el templo huesos de muertos, dejándolo impuro para cualquier celebración.

extrañas e impuras. ¿Será verdad que misericordia de Dios nos puede llegar no del templo ni de los canales religiosos oficiales, sino de un enemigo proverbial? Jesús los desconcierta. Él mira la vida desde la cuneta, con los ojos de las víctimas necesitadas de ayuda. No hay duda. Para Jesús, la mejor metáfora de Dios es la compasión hacia un herido.

Su parábola lo invierte todo. Los representantes del templo pasan de largo ignorando al herido. El odiado enemigo resulta ser el salvador. El reino de Dios se hace presente donde las personas actúan con misericordia. Hasta un enemigo tradicional, renegado por todos, puede ser instrumento y encarnación del amor compasivo de Dios. El mensaje de Jesús constituye una verdadera «revolución» y un desafío para todos: ¿hay que extender la misericordia de Dios hasta los enemigos de Israel, Olvidando prejuicios y enemistades seculares? ¿Cómo entender y vivir en adelante una religión como la del templo, que de hecho lleva al odio y al sectarismo? ¿Habrá que reordenarlo todo dando primacía absoluta a la misericordia?<sup>37</sup> ¿Habrá que llegar incluso a ser «desleal» al propio grupo para identificarse con el sufrimiento de cualquier herido caído en la cuneta de cualquier camino? ¿Es eso el reino de Dios?

---

<sup>37</sup> No anda desencaminado Lucas cuando convierte la parábola sobre el Reino de Dios en una historia ejemplar en la que Jesús se atreve a decirle a un doctor de Israel que aprenda de un despreciable hereje samaritano a practicar la misericordia. La pregunta que nos hemos de hacer no es: «¿Quién es mi prójimo?», «¿hasta dónde llega mi obligación de amar?». No es la propia religión ni el propio grupo los que nos tienen que indicar a quién amar y a quién odiar; a quién ayudar y a quién ignorar. La pregunta correcta es: «¿Quién está necesitado de que yo me acerque, me haga prójimo y responda a su necesidad? ». Es el sufrimiento de cualquier ser humano caído en el camino el que nos ha de enseñar cómo actuar con amor compasivo.

# El Reino de Dios.

4ª Sesión: La esperanza.



## 7 Parábola de la oveja perdida.

Jesús dice:

¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa convoca a los amigos y vecinos, y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido»<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> La parábola se encuentra en Lucas 15, 4-6, en Mateo 18, 12-13 y en el Evangelio [apócrifo] de Tomás 107. Tanto Lucas como Mateo recogen una parábola original de Jesús, aunque cada uno la adapta a sus propios intereses. Mateo la trae para insistir en que no se desprecie en la comunidad cristiana a los pequeños y vulnerables; Lucas, por su parte, quiere subrayar con la parábola el interés de Dios por los perdidos. Es difícil saber cuál de los dos transmite el relato más cercano al original. Seguimos el texto de Lucas, pero, para captar el mensaje original de Jesús, prescindimos de la conclusión que saca artificialmente el evangelista sobre el arrepentimiento de los pecadores: «De igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de arrepentimiento» (15,7). El relato no habla para nada de este tema (¡la oveja no se arrepiente de nada!) (Funk, Scott, Schottroff, Bultmann, etc.).

Comentario de pagola.

Al parecer, los pastores no estaban bien vistos en aquellas aldeas. No eran de fiar, pues en cualquier momento llevaban sus rebaños a pastar a los campos de los labradores; se les veía como gente indeseable. Sin embargo, la imagen del «pastor» era muy querida en la tradición del pueblo, desde los tiempos en que las tribus de Israel eran todavía seminómadas. Moisés, Saúl, David y otros grandes líderes habían sido pastores. A todos les agradaba imaginar a Dios como un pastor que cuida de su pueblo, lo alimenta y lo defiende<sup>39</sup>. ¿De qué les va a hablar ahora Jesús?

Esta vez comienza su parábola con una pregunta: imaginaos que sois un pastor, tenéis cien ovejas y se os pierde una, ¿no dejaríais las noventa y nueve para ir a buscarla hasta dar con ella? Los oyentes dudarían bastante antes de responderle. El planteamiento era bastante disparatado. Jesús, sin embargo, comienza a hablarles de un pastor que actúa así. El hombre siente que la oveja, aunque esté perdida, le pertenece. Es suya. Por eso no duda en salir a buscarla abandonando al resto de las ovejas en el «desierto» ¿No es una locura arriesgar así la suerte de todo el rebaño? ¿Es que la oveja perdida vale más que las noventa y nueve? El pastor no se entretiene en razonamientos de este tipo. Su corazón le lleva a proseguir su búsqueda hasta que encuentra a la oveja. Su alegría es indescriptible. En un gesto de ternura y cuidado cariñoso, pone a la oveja cansada y tal vez herida sobre sus hombros, alrededor de su cuello, y se vuelve hacia la majada. Al llegar convoca a sus amigos y les invita a compartir su dicha. Todos le entenderán: «He encontrado la oveja que se me había perdido».

La gente no se lo puede creer. ¿De verdad puede este pastor insensato ser metáfora de Dios? Desde luego hay algo que todos tienen que admitir: los hombres y mujeres son criaturas de Dios, le pertenecen. Y ya se sabe lo que uno hace por no perder lo que es suyo. Pero, ¿puede Dios sentir a los «perdidos» como algo tan suyo? Por otra parte, ¿no es algo demasiado arriesgado abandonar el rebaño para buscar a las «ovejas perdidas»? ¿No es más importante asegurar la restauración de todo Israel que perder el tiempo con prostitutas y recaudadores, gente al fin y al cabo indeseable y pecadora?

La parábola hace pensar: ¿será cierto que Dios no rechaza a estos «perdidos» tan despreciados por todos, sino que los busca apasionadamente porque, lo mismo que Jesús, no da a nadie por perdido? ¿No habrá que aprender a compartir la alegría de Dios y celebrarlo como lo hace Jesús comiendo con ellos? Pero la parábola tal vez sugiere algo más. La oveja no hace nada por volver al redil. Es el pastor quien la busca y la recupera<sup>40</sup>. ¿Es que Dios busca y recupera a los pecadores solo porque los quiere? incluso antes de que den signos de arrepentimiento? Todos reconocen que Dios acoge siempre a los pecadores arrepentidos. Por eso ni siquiera los fariseos negaban su amistad a un pecador que daba muestras serias de arrepentimiento. Pero lo de Jesús, ¿no es demasiado? está sugiriendo que el retorno del pecador no se debe a su conversión, sino a la irrupción de la misericordia de Dios sobre él?

---

<sup>39</sup> Era muy conocido un texto de Ezequiel (592-570 a. C.) que, protestando contra los malos pastores de Israel, pone en boca de Yahvé cosas como estas: «Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas ... Buscaré la oveja perdida, tomaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma» (34, 11-12.16a).

<sup>40</sup> Lucas y Mateo no ven en la oveja perdida nada valioso. El pastor la busca porque le pertenece, Por el contrario, según el Evangelio [apócrifo] de Tomás, el pastor busca a la oveja porque es la más hermosa y la más querida de todas. La parábola dice así: «El reino se parece a un pastor que tenía cien ovejas. Una de ellas desapareció. Era la más hermosa. Entonces dejó las noventa y nueve, y no se preocupó más que de buscarla hasta que la encontró. Pasado su disgusto, dijo a la oveja: "Te quiero más que a las noventa y nueve"» (107). Estas ideas son ajenas a Jesús (Funk, Scott, Jeremias...).

## 8 Parábola de la Dracma perdida.

Jesús dice:

¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido»<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> La parábola solo se encuentra en Lucas 15,8-9. Ha sido este evangelista quien la ha soldado con la parábola del pastor (Lucas 15, 4-7). Le ha añadido además su propia conclusión sobre la «conversión de los pecadores». Para captar el mensaje original de Jesús hemos de prescindir de esta aplicación de Lucas (Funk, Scott, Schotroff ...).

## Comentario de Pagola.

Jesús volvió a insistir en la misma idea: para entrar en el reino de Dios es importante que todos sientan como suya la preocupación de Dios por los perdidos y su alegría al recuperarlos. Esta vez habló de una mujer. Tal vez veía entre sus oyentes a no pocas mujeres pendientes de su palabra. Quiere que también ellas le entiendan.

Seguramente, el relato de Jesús capta enseguida el interés de todos por su realismo. Una mujer pobre que tenía diez dracmas pierde una. No era gran cosa. Todos conocían aquella monedilla de plata que solo valía un denario, es decir, el salario de un jornalero por un día de trabajo. Sin embargo, para ella es de gran valor. Solo posee diez dracmas. Tal vez constituyen su tocado de mujer de aldea, un adorno extremadamente pobre comparado con el de las mujeres de los grandes terratenientes<sup>42</sup>. La mujer no se resigna a perder su pequeña moneda, «Enciende una candelita», porque su modesta casa no tiene ventanas y tampoco es mucha la luz que entra a través de la única puerta, casi siempre baja; «Barre la casa» con una hoja de palma para poder oír el sonido de la moneda al rodar en la oscuridad por el suelo de piedra. Cuando por fin la encuentra, no puede contener su alegría, llama a sus vecinas y les invita a compartir su dicha: «Alegraos conmigo».

¡Así es Dios! Como esta pobre mujer que busca su moneda y se llena de una inmensa alegría al encontrarla. Lo que a otros les puede parecer de valor insignificante, para ella es un tesoro. Una vez más, los oyentes quedan sorprendidos. Más de una mujer llora conmovida. ¿Será así Dios? ¿Será verdad que los publicanos y las prostitutas, los desviados y los pecadores, que tan poco valor tienen para ciertos líderes religiosos, son tan queridos por Dios?

---

<sup>42</sup> Si, como sugieren algunos autores (Jeremias, Brouwer, Bishop...), el adorno pertenece a la dote de la boda, sería su propiedad más preciosa. Algunas mujeres no se lo quitaban ni durante el descanso de la noche.

## 9 Parábola del sembrador<sup>43</sup>.

Jesús dice:

Escuchad. Una vez salió un sembrador a sembrar. Y sucedió que, al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino; vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y brotó enseguida por no tener hondura la tierra; pero, cuando salió el sol, se agostó y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; crecieron los abrojos y la ahogaron, y no dio fruto. Otras partes cayeron en tierra buena y, creciendo y desarrollándose, dieron fruto; unas produjeron treinta, otras sesenta, otras ciento<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> Aunque el relato comienza hablando de un sembrador, el centro de la parábola no es el sembrador, sino lo que sucede con la siembra.

<sup>44</sup> La parábola está recogida en los evangelios sinópticos (Marcos 4, 3b-8; Mateo 13, 3b-8; Lucas 8, 5-8<sup>a</sup>) y en el evangelio [apócrifo] de Tomás 9. Probablemente la versión de Marcos es la más cercana al relato original. Para entender el mensaje de la parábola hemos de prescindir de la interpretación alegórica que aparece en los sinópticos (Marcos 4, 14-20; Mateo 13, 18-23; Lucas 8, 11-15), pues es producto de la comunidad cristiana. No está en el evangelio [apócrifo] de Tomás. En esa interpretación alegórica se utiliza el lenguaje de los predicadores cristianos y se responde a los problemas que se vivieron en la segunda y tercera generación. Esta es la posición más general de los autores después de los estudios de Jülicher sobre las parábolas.

## Comentario de Pagola.

Jesús está hablando de algo que se conoce bien en Galilea. En otoño, los campesinos salen a sembrar sus tierras; en junio recogen las cosechas. Los que le escuchan saben lo que es sembrar y lo que es vivir pendientes de la futura cosecha. ¿De qué les quiere hablar Jesús?

El relato cuenta con todo detalle lo que sucede con la siembra. Una parte de la semilla cae a lo largo del camino que bordea el terreno. No es buena tierra; la semilla ni germina: llegan los pájaros y se la comen al instante. El trabajo del sembrador ha sido un fracaso desde el primer momento. Otra parte cae en zona pedregosa, cubierta ligeramente por algo de tierra. La semilla llega a dar un pequeño brote, pero poco más: al no poder echar raíz el sol la seca. La siembra tardado algo más en perderse, pero también aquí el trabajo del sembrador fracasa. Otra parte cae entre cardos. Al parecer, puede germinar y crecer, pero no llega a dar fruto: los cardos crecen con más fuerza y la ahogan.

Los oyentes escuchan consternados. ¿Merece la pena seguir sembrando? ¿No puede encontrar aquel sembrador un terreno mejor? Jesús continúa su relato. A pesar de tanto fracaso, la mayor parte de la semilla cae en tierra buena. La planta crece, se desarrolla y da fruto: el treinta, sesenta y hasta el ciento por uno. En algunos terrenos, la siembra ha sido un fracaso; en otros ha tenido éxito. Pero, a pesar de los fracasos, al final el sembrador puede disfrutar de una buena cosecha<sup>45</sup>. La gente empieza a «entender». Jesús actúa como los campesinos. Al sembrar, todos saben que parte de la siembra se echará a perder, pero eso no desalienta a nadie, lo importante es la cosecha final. Con el reino de Dios sucede algo semejante. No faltan obstáculos y resistencias, pero la fuerza de Dios dará su fruto. Jesús está sembrando. Es el momento de responder.

---

<sup>45</sup> En tres zonas la siembra fracasa. En otras tres se logra una cosecha buena, de diverso grado. Según el texto de Marcos, lo que ha caído en cada uno de los primeros terrenos es solo «una parte» (en singular), pero la mayor parte, es decir, las «otras partes» (en plural), ha dado buena cosecha.

# El Reino de Dios.

5ª Sesión: El amor.



## 10 Parábola del juicio final<sup>46</sup>.

Jesús dice:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.

Entonces dirá el Rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme». Entonces los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». Y el Rey les dirá: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis.

Entonces dirá también a los de su izquierda: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis».

Entonces dirán también estos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». Y él entonces les responderá: «En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo».

E irán estos a un castigo eterno, y los justos a la vida eterna<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> Tradicionalmente se le llama la parábola del «juicio final» o «las ovejas y cabras separadas por el pastor». Es un texto sometido hoy a muchos debates: ¿se puede separar la parábola de Jesús del trabajo redaccional de Mateo? ¿Qué queda del mensaje original de Jesús?, los «hermanos más pequeños» con los que se identifica el rey, ¿son los discípulos de Jesús o todos los pobres y necesitados en general? ¿Se habla aquí del juicio de todas las naciones del mundo o solo de las «naciones paganas» y su comportamiento con los misioneros cristianos?

<sup>47</sup> Mateo 25, 31-46. Bastantes investigadores recientes consideran que se trata de una composición de Mateo elaborada en la comunidad cristiana después de la Pascua (Funk, Crossan, Scott). Me parece correcta la postura de exegetas como Jeremias; McBride, Wenham, France, etc., que tratan de recoger el contenido básico que puede provenir de Jesús.

## Comentario de Pagola.

La escena es grandiosa. El Hijo del hombre llega como rey con un cortejo grandioso, «acompañado de todos sus ángeles», y se sienta en su «trono de gloria». Ante él comparece la «asamblea de todas las naciones». Es el momento de la verdad. Allí están gentes de todas las razas y pueblos, de todas las culturas y religiones, generaciones de todos los tiempos. Todos los habitantes del orbe, Israel y los pueblos gentiles van a escuchar el veredicto final<sup>48</sup>.

El rey comienza por separarlos en dos grupos, como hacían los pastores con su rebaño: las ovejas a un lado, para dejarlas al fresco durante la noche, pues así les va mejor; las cabras a otro lado, para cobijarlas en el interior, porque el frío de la noche no les hace bien. El Rey y pastor de todos los pueblos tiene con cada grupo un diálogo esclarecedor. Al primer grupo le invita a acercarse: «Venid benditos de mi Padre»: son hombres y mujeres que reciben la bendición de Dios para heredar el reino «preparado para ellos desde la fundación del mundo». Al segundo grupo le invita a apartarse: «Apartaos de mí, malditos»: son los que se quedan sin la bendición de Dios y sin el reino<sup>49</sup>. En realidad, no hay propiamente una sentencia judicial. Cada grupo se dirige hacia el lugar que ha escogido. Los que han orientado su vida hacia el amor y la misericordia terminan en el reino del amor y la misericordia de Dios. Los que han excluido de su vida a las necesitados se autoexcluyen del reino de Dios, donde solo hay acogida y amor.

El criterio para separar a los dos grupos es preciso y claro: unos han reaccionado con compasión ante los necesitados; los otros han vivido indiferentes a su sufrimiento. El rey habla de seis situaciones de necesidad, básicas y fundamentales. No son casos irreales, sino situaciones que todos conocen y que se dan en todos los pueblos de todos los tiempos. En todas partes hay hambrientos y sedientos; hay inmigrantes y desnudos; enfermos y encarcelados. No se dicen en el relato grandes palabras. No se habla de justicia y solidaridad, sino de comida, de ropa, de algo de beber, de un techo para resguardarse. No se habla tampoco de «amor», sino de cosas tan concretas como «dar», «acoger», «visitar», «acudir». Lo decisivo no es un amor teórico, sino la compasión que ayuda al necesitado.

La sorpresa se produce cuando el rey asegura: «cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis». El primer grupo manifiesta su asombro: nunca han visto al rey en estas gentes hambrientas, enfermas o encarceladas; ellos han pensado solo en su sufrimiento, en nada más. La extrañeza es compartida por el segundo grupo: ni se les había pasado por la cabeza que podían estar desatendiendo a su rey. Pero este se reafirma en lo dicho: él está presente en el sufrimiento de estos «hermanos pequeños». Lo que se les hace a ellos se le está haciendo a él<sup>50</sup>.

Los que son declarados «benditos del Padre» no han actuado por motivos religiosos, sino por compasión. No es su religión ni la adhesión explícita a Jesús lo que les conduce al reino de Dios, sino su ayuda a los necesitados. El camino que conduce a Dios no pasa necesariamente por la religión, el culto o la confesión de fe, sino por la compasión hacia los «hermanos pequeños»<sup>51</sup>. Probablemente, esta escena del «juicio final» no ha sido

---

<sup>48</sup> Esta escena ha sido compuesta probablemente por Mateo valiéndose de la gran visión de Daniel 7, 9-28.

<sup>49</sup> Sin embargo no se les llama malditos de mi Padre, porque el Padre de Jesús no maldice nunca.

<sup>50</sup> Sin duda, esta manera de formular la presencia de Cristo en los que sufren solo fue posible cuando las comunidades cristianas creían en Jesús, crucificado por las autoridades romanas y los representantes del templo, pero resucitado por Dios a una vida nueva.

<sup>51</sup> Según algunos exegetas, aquí no se está hablando de manera indiscriminada de la ayuda a cualquier necesitado, sino solo a los «hermanos pequeños» de Jesús, que son sus discípulos, con los que se identifica. Es una interpretación que se apoya sobre todo en Mateo 10, 40-42. Sin embargo, no concuerda bien con la sorpresa e ignorancia que todos manifiestan: hubiera sido difícil ayudar a

presentada así por Jesús. No es su estilo ni su lenguaje. Pero el mensaje que contiene es, sin ningún género de duda, la conclusión que se extrae de su mensaje y de toda su actuación. Podemos decir sin temor a equivocarnos que la «gran revolución religiosa» llevada a cabo por Jesús es haber abierto otra vía de acceso a Dios distinta de lo sagrado: la ayuda al hermano necesitado. La religión no tiene el monopolio de la salvación; el camino más acertado es la ayuda al necesitado. Por él caminan muchos hombres y mujeres que no han conocido a Jesús.

---

los discípulos de Jesús que anuncian su mensaje sin reconocerlos como tales. Por otra parte, aquí no se les recompensa por su piedad hacia estos pequeños «por ser discípulos», como se dice en Mateo 10, 42. Sencillamente se les recompensa por haber socorrido al necesitado.

## 11 Parábola de los invitados que se excusan.

Jesús dice:

Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado». Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses». Y otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me dispenses». Otro dijo: «Me acabo de casar y por eso no puedo ir». Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces el dueño de la casa, airado, dijo a su siervo: «Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a ciegos y cojos». Dijo el siervo: «Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio». Dijo el señor al siervo: «Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa»<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> La parábola se encuentra en Lucas 14, 16-24; Mateo 22, 2-13; Evangelio [apócrifo] de Tomás 64, 1-2. La parábola proviene de Jesús. Mateo, después de la destrucción de Jerusalén el año 70, la transformó en una alegoría sobre la historia de salvación. Aunque algunas consideran la visión del Evangelio [apócrifo] de Tomás como más primitiva (Fitzmyer, Crossan), en general se piensa que el texto de Lucas nos permite llegar mejor al pensamiento de Jesús. Probablemente el v. 24 («Os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena») ha sido añadido por el evangelista.

## Comentario de Pagola.

Jesús comienza a hablar de una «gran cena» organizada por un señor. Sin duda es un hombre rico y con medios. Como es natural, no invita a cualquiera. Llama a los suyos: amigos ricos e influyentes. El banquete servirá para estrechar más los lazos de amistad y solidaridad entre ellos. El honor del anfitrión se verá incrementado por la asistencia de tales comensales, y estos podrán asegurarse también en adelante su favor y padrinazgo. Los que están escuchando a Jesús saben que ellos nunca podrán tomar parte en un banquete de tanta categoría. El señor convida a todos con suficiente antelación. Así habrá tiempo para cuidar los preparativos, y los convidados podrán ir conociendo más detalles de la fiesta y de los invitados que asistirán a ella. Llegado el día, el señor envía de nuevo a su siervo para confirmarles la invitación: «Todo está ya preparado. Pueden ir viniendo». Era un gesto de cortesía que se acostumbraba entre gentes muy ricas.

Sorprendentemente, todos sin excepción comienzan a excusarse. No presentan razones consistentes. Uno dice ha comprado un campo y quiere ir a verlo, pero, ¿quién compra un campo en aquella tierra desigual sin conocer antes cómo es y qué se puede sembrar en él? Otro se disculpa porque ha comprado diez bueyes y quiere ir a probarlos, pero ¿quién compra unos bueyes sin comprobar su fuerza y ver si pueden trabajar bajo el mismo yugo? Otro afirma que se acaba de casar y, naturalmente, no puede acudir, pero, ¿no lo sabía ya cuando, días antes, recibió la invitación? El siervo comprueba que nadie irá a la fiesta. ¿Cómo se atreven a humillar así al señor que los invitó dejándolo solo? ¿Tan importantes son sus negocios e intereses? Algo de esto piensan, tal vez, quienes están escuchando a Jesús: si ellos recibieran un día una invitación parecida, seguro que la aprovecharían.

El señor de la parábola reacciona de forma inesperada. Habrá banquete por encima de todo. De pronto se le ha ocurrido una idea insólita. Invitará a los que nunca invita nadie: «los pobres y lisiados, los ciegos y cojos», gentes miserables que no le pueden aportar honor alguno<sup>53</sup>. Para llamarlos, el siervo tendrá que adentrarse por «plazuelas y callejas» de los barrios pobres de la ciudad, alejados de la zona reservada a la elite. Los oyentes escuchan sorprendidos: ¿Qué va a ser esa cena donde se rompen todas las normas exigidas por el honor y el código de pureza? Su sorpresa será pronto mayor. Al ver que todavía hay sitio, el señor da una orden asombrosa: el siervo saldrá fuera de la ciudad, por «los caminos y las cercas» que separan las propiedades para llamar a toda esa gente que vive como puede junto a las murallas. La mayoría son forasteros y gentes de mala reputación, no pertenecen a la ciudad, tampoco son propiamente campesinos. El siervo los tiene que «obligar a entrar» en la casa, pues jamás se hubieran atrevido a penetrar en la ciudad hasta el barrio residencial de la elite.

¿Qué está diciendo Jesús? ¿A quién se le puede ocurrir hacer un banquete abierto a todos, sin listas de invitados, sin normas de honor y códigos de pureza, donde se admite incluso a desconocidos? ¿Será así el reino de Dios? ¿Una mesa abierta a todos sin condiciones: hombres y mujeres; puros e impuros; buenos y malos? ¿Una fiesta donde Dios se verá rodeado de gente pobre e indeseable, sin dignidad ni honor alguno?

El mensaje de Jesús era tan seductor que resultaba increíble. Pero Jesús habla con fe total: Dios es así. No quiere quedarse eternamente solo en medio de una «sala vacía», Está preparada una gran fiesta abierta a todos, porque a todos siente él como amigos y amigas, dignos de compartir su mesa. El gozo de Dios es que los pobres y despreciados, los indeseables y pecadores puedan disfrutar junto a él. Jesús lo está ya viviendo desde ahora. Por eso celebra con gozo cenas y comidas con los que la sociedad desprecia y margina, ¡Los que no han sido invitados por nadie, un día se sentarán a la mesa con Dios!

---

<sup>53</sup> En la comunidad de Qumrán se excluye precisamente de la asamblea a «todo el que esté contaminado en su carne, cojo, ciego, sordo, mudo o contaminado en su carne con una mancha visible a los ojos» (1QRegla de la Congregación 8, 5-22).